



«ticos sembrados de lentejuelas de oro, como el sol conducido por las Horas» (1). No sabemos cuál irrita más, si el refinado lujo ó la estragada lujuria.

Tal depravacion de costumbres trajo tras si el escepticismo, y la filosofía escéptica hizo alianza con la sensualidad epicúrea. Era consiguiente la incredulidad, nacida en los perversos patricios de su misma relajacion, en la plebe de la imitacion y de la ignorancia. El populacho se entregaba simultáneamente á los vicios de la supersticion y á los de la incredulidad. Los hombres ilustrados, los que al mismo tiempo eran almas fuertes y espíritus generosos, buscaron un asilo contra la corrupcion en las doctrinas de otra filosofía, en el estoicismo, «noble consuelo, dice un erudito escritor, para las almas solitarias, pero estéril para la sociedad.»

En efecto, ¿á qué conducia el estoicismo? ¿á qué guiaba? Al desprecio de la vida, al suicidio. Si no podeis soportar tanta disolucion, si os desesperan los males de la humanidad, les decia Séneca, *suicidaos*. La escuela estóica enseñaba á los individuos á desprenderse de la vida con fria insensibilidad, con la impasibilidad del fatalismo; pero no hallaba medio de corregir los males que sentia la humanidad sino destruyéndola. Sabian los estóicos morir y no sabian vivir. Elogiábase mucho la serenidad de aquel ciudadano, que condenado á muerte por Calígula, y como se hallase jugando á las damas cuando entró el centurion á anunciarle que era llegada la hora de morir, respondió: *aguardad un poco, voy á contar los peones*. ¿Y qué ganaba con esto la sociedad? ¿Mejoraban algo las costumbres con que hubiera algunos hombres á quienes no les importaba más vivir que morir? Hasta llegó á perder el mérito aquel valor, si valor en ello había, puesto que se practicaba ya por vanidad, añadiéndose así otra corrupcion nueva, en vez de corregir la corrupcion antigua. Por otra parte, aquella filosofía no descendia al vulgo, que no entendia la metafísica en que iba envuelta. Los emperadores que la practicaron, los Nervas,

(1) Lamprid., *Hist. Aug. in Vit. Heliog.*

los Trajanos, los Adrianos y los Marco Aurelios, reunieron una mezcla de virtudes y de vicios que los hacia cometer ó crueldades ó extravíos; echaron de ménos los grandes hombres y no pudieron formarlos.

Aquel estado del mundo era intolerable. Habia una necesidad de creer, y nadie creia; habia una necesidad de reformar las costumbres públicas, y nadie hallaba el medio de reformarlas. El politeismo habia recorrido todas sus faces, y se encontraba desacreditado; se recurria á las escuelas filosóficas, y las otras eran desmoralizaban más, y las otras eran ineficaces para contener la desmoralizacion. Necesitábase una revolucion general en los espíritus y en los corazones. La humanidad necesitaba de un asilo, de un consuelo, de un principio moralizador. ¿Dónde se encontraba? ¿De dónde habia de venir? ¿Del cielo ó de la tierra? Del cielo y de la tierra vino juntamente.

En un rincon de la Judea habia nacido el que tenía la mision divina y sublime de regenerar el mundo. «De la humilde cabaña de Galilea, dice un elocuente escritor contemporáneo, salió la buena nueva pregonando un Dios único, la fraternidad, la igualdad de los hombres, y un reinado de virtud, de verdad y de justicia... Desde ahora la unidad de Dios enseña la unidad del género humano. Queda prescrita la inocencia, no sólo en las obras, sino tambien en el pensamiento emancipado. Hasta entónces el único medio de poderío y de gloria habia sido la guerra, el único objeto de los héroes la conquista, se habia declarado la servidumbre como un hecho necesario, natural, equitativo; y condenado el esclavo á todas las miserias, y además al embrutecimiento intelectual y moral, vivia sin existencia religiosa, sin afecciones, sin legítima descendencia. Ahora una nueva palabra, la caridad, hace ménos pesadas las cadenas, mientras logra romperlas del todo; la paz universal es proclamada, y quedan extinguidos los privilegios de nacimiento y de conquista. Propende todo á inspirar horror á la efusion de sangre... Véase aparecer el modelo de una sociedad sobre la combinacion de formas pacíficas, de un poder espiritual en su esencia, opuesto á los excesos del poder armado;



el modelo de una fraternidad de naciones, que en vez de aniquilarse unas á otras, se comunican para perfeccionarse mutuamente. ¿Y quién ha obrado este prodigio? Un artesano de Galilea.»

Vino, pues, el cristianismo, y el mundo oyó por primera vez: «No hay más que un solo Dios verdadero.» Habian pasado cuatro mil años sin que nadie hubiera dicho á los hombres: «*todos sois hermanos; haced bien á vuestros mismos enemigos*;» hasta que Cristo vino á enseñarles esta sencilla máxima que á todos se les habia escapado. A los tiranos les dijo: «*todos los hombres son iguales ante Dios*;» y los rebajó hasta nivelarlos con los oprimidos. A los esclavos les dijo: «*todos los hombres son libres*;» y los elevó hasta igualarlos con los emperadores ante la presencia de Dios. A los epicúreos: «*los goces materiales no hacen la felicidad del hombre, porque hay en él algo más elevado y noble que la materia y el cuerpo*;» y á los estóicos: «*no os suicideis, porque el disponer de vuestra vida le toca sólo á Dios que os la ha dado, y porque hay otra vida más allá de este mundo*;» y les enseñó la inmortalidad del alma. Dijo á los pobres: «*bienaventurados los humildes*;» y los consoló. Y á los ricos: «*la mayor de todas las virtudes es la caridad*.» Los sabios habian ignorado el medio de contener la corrupcion universal, y Cristo se lo enseñó con la doctrina y el ejemplo. Santificó el matrimonio, y haciendo á la mujer compañera del hombre y no esclava, emancipó con esto sólo á la mitad del género humano. No habia salido doctrina semejante de las escuelas de Pitágoras ni de Epicuro, de Sócrates ni de Platon.

La revolucion moral que necesitaba el mundo, quedaba iniciada. Como religion, aventajaba el cristianismo á todas las religiones fundadas sobre el politeismo; porque en vez de dioses cargados de flaquezas ó de vicios humanos, enseñaba á adorar un solo Dios puro y sin mancilla. Como filosofía, era más digna, más elevada, más sublime que cuantas habian producido las academias, porque enseñaba la fraternidad universal. Como sistema de gobierno, ninguno más aceptable, más noble, más liberal, que el que daba al hombre derechos que

no habia gozado nunca, el que arrancaba la humanidad de la dominacion de la fuerza bruta, el que proscribia la tiranía, abolia la esclavitud, y proclamaba la libertad, la igualdad, la emancipacion del pensamiento; el que decia á los súbditos: «*obedeced, pero sin servidumbre*;» y á los príncipes: «*gobernad, pero sin tiranía*;» el que prescribia, en fin, dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

Los hombres escarnecieron al que se anunció como regenerador del mundo sin espadas y sin ejércitos, al que se presentó como moralizador y civilizador, y le hicieron sellar con su propia sangre su doctrina. Todo estaba previsto, ó por mejor decir, todo estaba decretado, y el Hombre-Dios quiso dejar al mundo el ejemplo más sublime que ha podido concebirse de abnegacion, de amor y de caridad. Fué el primer mártir de su culto. Él se habia presentado humilde, y los que despues de él se encargaron de propagar su legislacion, eran tan pobres y tan humildes como él. Hasta entónces, todos los sistemas filosóficos, todas las creencias religiosas habian nacido en los entendimientos de los sabios; de allí se trasmitian á las inteligencias de segundo orden, y poco á poco se difundian por el pueblo. Este es el orden natural de las influencias. El cristianismo, al contrario, tuvo por primeros propagadores á artesanos pobres y de ingenios rudos: de allí subió á las escuelas, se difundió entre los sabios y filósofos, y habia de remontarse hasta el trono de los Césares. Ó en el fondo de la doctrina, ó en el modo de su propagacion tenía que haber algo de sobrenatural. Habíalo en uno y en otro.

Sublime contraste formaban las costumbres de los primitivos cristianos con las que seguian practicando los hombres de la antigua sociedad. De parte de los paganos, disolucion, inmoralidad, prostitucion; de parte de los seguidores de Cristo, moralidad, pureza, inocencia. Mientras los mancebos idólatras acudian anualmente al sepulcro de Diocles, donde se coronaba al más lascivo, los cristianos proclamaban la virginidad como el estado más perfecto del hombre. Mientras aquéllos pasaban la vida en la embriaguez de los deleites, en doradas viviendas, entre aromas y perfumes, en opipa-



eran banquetes, donde tenían que discurrir cómo excitar su apetito ya embotado, éstos recomendaban y practicaban la mortificación y la abstinencia, sus comidas eran frugales y reguladas por la necesidad, no por la gula, vestían modestamente, menospreciaban el lujo y el fausto, y no mantenían esclavos ni eunucos. Mientras los ídólatras repudiaban diariamente sus mujeres, exponían sus hijos en los caminos ó en las plazas públicas, y hacían de la ley del divorcio un comercio de prostitución, los cristianos predicaban la indisolubilidad del matrimonio, hacían de la fidelidad conyugal una de las primeras virtudes y una prenda segura de la felicidad doméstica, y mirando como un deber sagrado el sustento y educación de los hijos, estrechaban las relaciones de familia con lazos de amor. Mientras aquéllos asistían con placer á las gemonias, ó se recreaban con los sangrientos espectáculos del circo y se saboreaban con los sacrificios humanos, éstos visitaban á los presos en los calabozos, socorrian á los necesitados en sus humildes cabañas, asistían á la cabecera de los enfermos, y consolaban en el lecho del dolor á los moribundos. De un lado había un pueblo miserable y esclavo recogiendo las migajas de las mesas de los opulentos patricios, de otro familias que partían entre sí fraternalmente un pan de caridad.

Semejantes prácticas eran una acusación, una censura elocuente de los vicios dominantes, y los que así obraban no podían menos de ser objeto de las iras de los disipados emperadores y de los prefectos libertinos. De aquí esa lista de edictos sanguinarios, esas persecuciones, esos refinados tormentos, esos suplicios atroces, esas diez batallas generosas que sostuvieron los cristianos desde Neron hasta Diocleciano, incluso los Antoninos, aquellos príncipes humanitarios que merecieron ser llamados las delicias de la tierra, pero que no se eximieron de ensangrentarse contra los que se negaban á quemar incienso en los altares de los dioses del imperio. No había medio para los cristianos de librarse de la persecución. Si se congregaban á la luz del día con el fin inocente de celebrar los misterios de su culto,

eran perturbadores de la pública tranquilidad. Si huyendo del hacha del verdugo se retiraban á las catacumbas á comer el pan eucarístico, eran sociedades secretas que conspiraban contra el Estado. ¿Afligía una guerra al imperio, ó le desolaba una peste? La culpa tienen los cristianos, gritaba el populacho; y el emperador decretaba *cristianos á las hogueras*. ¿Sobrevenía una sequía, un hambre, un incendio? La culpa tienen los cristianos, decía el emperador; y el pueblo gritaba: *cristianos á los leones*. Y los cadáveres de los cristianos palpitan en los anfiteatros, sus entrañas desgarradas por tigres ó por leones cubrían la arena del circo, y los que no eran derretidos en las llamas, eran despeñados de lo alto de una roca, ó despedazados en ruedas de cuchillos, ó arrojados á las aguas del Tiber.

¿Y quiénes eran esas almas heroicas que tan rudas pruebas sufrían sin desaliento, y así desafiaban á los verdugos á quien se fatigara primero y á quien faltara más pronto, si las víctimas ó los sacrificadores? ¿Eran guerreros avezados á los peligros y familiarizados con la muerte? ¿Eran temperamentos robustos, ejercitados con la fatiga y endurecidos con el trabajo? Eran muchas veces viejos encorvados con el peso de los años; eran pontífices y sacerdotes encanecidos á la sombra del santuario; eran á las veces tiernos niños que apenas se habían desprendido del regazo maternal; eran delicadas doncellas que no habían probado otras caricias que las de sus padres, y que caminaban al suplicio como si caminaran al festín de las bodas; no por hastío de la vida como los estoicos, sino con la esperanza de otra vida mejor. ¿Quién infundía tanto aliento á gentes tan flacas? ¿Quién transformaba á los débiles en fuertes? ¿Qué secreta inspiración los conducía al heroísmo?

El pueblo lo veía, lo contemplaba y lo admiraba, los hombres no querían ser menos héroes que las mujeres, y acababan por convertirse á aquella religión, que parecía tener el privilegio de vigorizar las almas. El pueblo, por otra parte, oía por primera vez sonar en sus oídos una doctrina filosófica que comprendía, un principio social que estaba al alcance de su inteli-



gencia; reflexionaba sobre él, y deducía cuánto iba á mejorar su condición en el caso de que prevaleciera. El pueblo, á quien ningún filósofo había enseñado todavía, ni él se había imaginado nunca que podía dejar de ser esclavo, oyó predicar una doctrina que condenaba la esclavitud en nombre de Dios (1), y se fué adhiriendo á ella, porque los más dispuestos á creer son siempre los más oprimidos. Los poderosos la rechazaban, porque les era violento renunciar á los goces materiales á que estaban tan apegados.

Poco á poco fué penetrando la nueva doctrina en las escuelas, y se hizo objeto de examen y de discusión entre los sabios. Compararon los filósofos á Sócrates con Jesús, y en el primero hallaron toda la grandeza de un hombre, en el segundo toda la grandeza humana y toda la grandeza divina. Cotejaron la filosofía del Evangelio con las de Aristóteles, de Platon y de Epicuro; pusieron el Dios de los cristianos al frente de todos los dioses del gentilismo, y resultó de la comparación que los sabios no sólo se hicieron creyentes, sino que se convirtieron en apologistas del cristianismo. Aquella doctrina, que al principio habían llamado por desprecio *stultitia, insipientia, insania*, era lo más sublime que había salido de la boca de los instructores y de los legisladores de la humanidad. Los filósofos vinieron entonces en apoyo de los apóstoles, y los académicos continuaron la misión de los artesanos. Entonces salieron los elocuentes escritos apologéticos de Justino, de Tertuliano, de Clemente de Alejandría, de Cipriano, de Lactancio y de Orígenes, desafiando á toda la sabiduría pagana. «*Desgarraré el velo que cubre vuestros misterios*, les decía Clemente Alejandrino, versadísimo en la filosofía de Platon: *Cántanos, Homero, tu magnífico himno*: LOS AMOROSOS HUR-

(1) «Los preceptos del Cristianismo, dice Robertson, comunicaban tal dignidad á la naturaleza humana, que la arrancaron de la servidumbre deshonorosa en que se hallaba sumida (Discurso sobre el estado del universo á la aparición del Cristianismo).» Sólo Gibbon se atreve á negar que fuese debido á la religión cristiana este admirable mejoramiento de la humanidad.

TOS DE MARTE Y VÉNUS: *pero no, enmudece; no es magnífico el canto que enseña la idolatría. Vuestros dioses, crueles é implacables con los hombres, oscurecen su espíritu....»*

Así se iba infiltrando el principio civilizador en las clases más elevadas de la sociedad romana; ya los magnates, los patricios, las matronas, no se desdénaban de creer; el sentimiento religioso se había ido propagando de las aldeas á las ciudades, de las grutas á las academias, de las chozas á los palacios: ¿cuánto tardará en subir hasta el trono imperial? Ya Alejandro Severo se había atrevido á poner la imagen de Jesús entre las de Abraham y Apolonio. Marco Aurelio se había hecho semicristiano desde el prodigio de la Legion Fulminante, y de cristiano se murmuraba al emperador Filipo. Ya no sólo se extendía la nueva fe por las provincias romanas, sino que había franqueado los límites y barreras del imperio; ya cundía por los pueblos bárbaros, y ganaba soldados donde no había llegado el vuelo de las águilas romanas: allá se propagaba hasta por regiones y lugares en que ni siquiera se sabía que existía Roma, y que había un senado y un hombre que se llamaba emperador.

Siendo España una de las más importantes provincias del imperio, y teniendo tanta comunicación con la metrópoli, no pudo tardar en tener conocimiento de la doctrina que había venido á alumbrar el mundo. Una piadosa tradición, no interrumpida por espacio de diez y ocho siglos, hace á España el honor de haber tenido por primer mensajero de la fe cristiana al apóstol Santiago el Mayor, y de haberla predicado en persona en varias regiones de la Península; cumpliéndose así la profecía de que las palabras de los apóstoles llegarían hasta los confines de la tierra. El *rayo, el hijo del trueno*, como le llamaba su maestro divino, derrama el fulgor de la fe en las comarcas de Galicia, donde siete de sus más esclarecidos discípulos le ayudan á plantar la viña del Señor. Algunos de ellos le acompañan en su regreso á Jerusalem, adonde le llamaba la Providencia para coronar su celo. Allí recibe el martirio, y recogiendo sus discípulos el cadáver de su venerado maestro, se embarcan



para Galicia, su patria, trayendo consigo el sagrado depósito. Dios permitió que el lugar en que se guardaron las cenizas del santo apóstol permaneciera ignorado, para que su prodigioso hallazgo diera, al cabo de ocho siglos, días de regocijo á la iglesia española y días de gloria al pueblo cristiano (1).

Con el propio objeto de difundir la doctrina del Evangelio en esta favorecida porción del globo, España tuvo también la gloria de ser luego visitada por el apóstol de las gentes, por el apóstol filósofo, San Pablo, que hasta en el palacio del mismo Nerón había logrado hacerse discípulos y ganar prosélitos. El elocuente apóstol dirige su rumbo hacia las regiones de la Península á que no había podido llegar la voz del hijo del Zebedeo, y derrama por las comarcas de Oriente el conocimiento de la doctrina civilizadora del cristianismo (2).

(1) Véanse Florez, *España Sagrada*, tomo III.—Morales, *Cron. General*.—Medina, *Grandezas de España*.—Masdeu, *Esp. Roman.*, tom. VIII.—Niegan los extranjeros la venida del apóstol Santiago á España y su predicación en nuestra Península. ¿Podremos dejar de respetar las tradiciones sólo porque las nieguen los extranjeros? No nos detendremos ahora á refutar sus argumentos negativos: otros lo han hecho ya victoriosamente antes que nosotros. Sólo diremos, en cuanto á las dificultades de tiempo, que desde el año 38 de nuestra era, en que suponemos la venida de Santiago, hasta el 42, en que acaeció su muerte en Jerusalem, tuvo tiempo de ejercer su apostolado en España y de volver á la Palestina.

(2) También hay extranjeros, aunque no tantos, que nos quieren disputar la gloria de la venida y predicación del apóstol San Pablo. Pero de ella por fortuna tenemos clarísimos testimonios. Su intención de venir á España la manifestó él mismo bien explícitamente en la Epístola á los Romanos. *Cum in Hispaniam proficisci cœpero, spero quod præteriens videam vos*. Cap. XV., ver. 21. *Per vos proficiscar in Hispaniam*. Ibid. vers. 28. De haberlo realizado certifican, San Juan Crisóstomo en la homilía 13 sobre la Epístola á los de Corinto, y en la 10.^a sobre la segunda carta á Timoteo; San Jerónimo en el libro IV sobre Isaías, y en el c. 5 sobre el profeta Amós; San Teodoro en el Comentario sobre la Epístola á los Filipenses, y otros muchos de los primitivos Santos Padres. El año que San Pablo vino á España se cree haber sido el 60 de la era vulgar, y tiénese por cierto que vino por mar, y desembarcó en Tarragona, donde acostumbraban á hacerlo los cónsules y pretores, proponiéndose predicar la palabra de Dios en la España Oriental, como en la Occidental lo había hecho ya el apóstol Santiago. El ilustrado Sr. Cortés, dignidad de la iglesia me-

La sangre de los mártires empezó á colorear este suelo, en que tanto había de prevalecer y donde tanto había de fructificar la semilla de la fe. A pesar del influjo que en España ejercían los opulentos patricios, que atraídos de la belleza de su clima la habían hecho como una colonia de la aristocracia romana, no pasa el primer siglo sin que España vea alguno de sus hijos figurar gloriosamente en el martirologio cristiano. Eugenio de Toledo es colocado ya, desde la segunda persecución movida por Domiciano, en la nómina de los que vertieron una sangre generosa, en obsequio del Crucificado. En el segundo siglo, imperando Marco Aurelio, y gobernando Leon Tito Claudio Atico, se ofrecen Facundo y Primitivo en holocausto por la nueva fe, dejando con su valor y su constancia maravillados á sus perseguidores. Fructuoso de Tarragona, prelado de su iglesia, presenta el modelo del héroe cristiano, y con sus dos compañeros de martirio asombra y confunde al cruel ministro del despreciable Galieno (1). Los atletas de la fe se multiplican en el tercer siglo, y las vidas de los santos, «ese gran árbol genealógico de la nobleza del cielo,» presentan ya en sus páginas un largo y auténtico catálogo de ilustres mártires españoles.

Mas cuando se vió aparecer en España huestes, legiones enteras de campeones de la fe de Cristo, fué en la horrible persecución de Diocleciano. Entonces, cuando más arreció la tempestad, cuando Daciano, el ministro más sanguinario y cruel que había tenido emperador alguno, levantó por todas partes cadalsos y multiplicó los suplicios, entonces fué cuando España acreditó que vivían en su suelo los descendientes de los que en Sagunto, en Astapa, en Numancia habían sabido sacrificarse arrojándose á las llamas por defender su libertad y sus hogares, y que los despreciadores de la muerte por sostener su independencia, lo eran también por sostener la fe una vez abra-

tropolitana de Valencia, ha recogido los mejores testimonios sobre este asunto en un librito titulado: *Compendio de la vida del apóstol San Pablo*, impreso en Valencia en 1849.

(1) *Acta primærum martyrum*, etc.



zada, cuando se intentaba arrancarles brutalmente la una ó la otra. Hombres, mujeres y niños desafían entonces con intrepidez el hacha del verdugo y la cuchilla del tirano. Toledo, Alcalá, Ávila, Leon, Astorga, Orense, Braga, Lisboa, Mérida, Córdoba, Sevilla, Valencia, Gerona, Lérida, Barcelona, Tarragona y otros cien pueblos y ciudades, cuentan entre sus blasones cada cual su hueste de mártires. Daciano medita sacrificar en masa la población cristiana de Zaragoza, y no pudieron contarse los mártires de Zaragoza porque fueron *innumerables*. El poeta cristiano Prudencio la llamó *Patria sanctorum martyrum* (1). La ciudad que había de suministrar muchedumbre de mártires á la patria, comenzó por proveer de mártires á la religion.

(1) Prudent. in Himn. Martyr, Cæsar Aug.—Actas de los Mártires.—Depping. Hist. tom. II.—Tertuliano, contemporáneo de San Ireneo, en el escrito que presentó á Escápula, presidente de África, refiere cómo entonces se ejercía la persecución contra los cristianos de España por el presidente que se hallaba en Leon. Pero aun es mayor el testimonio que ofrece en el libro contra los judíos, c. 7, donde hablando de las regiones que había abrazado la religion cristiana, aplica el todo á la nacion española. «Maurorum multi fines: Hispaniarum omnes termini, et Galliarum diversæ nationes.»

Mas no eran solamente mártires los que producía la naciente Iglesia española. Varones y prelados eminentes en letras producía ya también. Y Osio, el venerable obispo de Córdoba, el enemigo terrible del paganismo y de la herejía, lumbrera de la cristiandad y presidente futuro de casi todos los concilios de su tiempo, comenzaba á asombrar con su erudición y con su fogosa elocuencia, no sólo á España, sino al mundo entero.

Ni por eso negamos que hubiera en España defecciones y flaquezas lastimosas durante las persecuciones. ¿En qué pueblo del mundo no habrá espíritus débiles, ni qué nacion podrá blasonar de que todos sus hijos sean héroes?

Léjos estaba también de ser el cristianismo la religion dominante ni en España, ni en las demás provincias del imperio romano en la época á que alcanza nuestro exámen. Paganos eran todavía los emperadores; idólatra se mantenía el senado romano; las magistraturas civiles y militares se conservaban en manos de los seguidores del antiguo culto, y la mayoría de los pueblos adoraba todavía á los viejos ídolos, y se postraba ante los dioses de la gentilidad.

En tal estado se encontraba el mundo cuando subió al trono de los Césares Constantino.